



## «La vía que conduce a la verdadera sabiduría»

*Antonio Izquierdo García, L. C.*

La finalidad de la encíclica *Fides et ratio* (FR)<sup>1</sup> la señala claramente el Santo Padre desde la Introducción: «Exponer algunas reflexiones sobre la vía que conduce a la verdadera sabiduría, a fin de que quien sienta el amor por ella pueda emprender el camino adecuado para alcanzarla y encontrar en la misma descanso a su fatiga y gozo espiritual» (FR 6a). Basándome sobre este texto, quisiera reflexionar sobre el camino hacia la verdad, mediante una lectura de la Introducción y del primer capítulo de la encíclica, titulado «La revelación de la sabiduría de Dios».

### **Homo viator**

Con la presencia del hombre sobre la tierra comienza la historia. Con la historia inicia el camino del hombre, en su realidad individual y en cuanto miembro del género humano. Mirando hacia los orígenes, nos damos cuenta de que el hombre es un eterno caminante. Es un inquieto y empedernido caminante, que, gracias a su inventiva y tenacidad, ha descubierto todos los rincones del planeta tierra, y ha comenzado a explorar los espacios siderales. Es un caminante singular que, a diferencia de los demás vivientes, puede entrar en el planeta del propio yo y explorarlo en toda su extraordinaria amplitud. Es un caminante tan especial que no sólo camina, sino que se hace preguntas so-

---

<sup>1</sup> En el presente trabajo utilizo la traducción castellana publicada por San Pablo y Paulinas, *Fides et ratio. Carta encíclica a los obispos de la Iglesia Católica sobre las relaciones entre fe y razón*, Buenos Aires 1999.

bre el camino. De esta manera, logra distinguirse del resto de la creación, «calificándose como ‘hombre’ precisamente en cuanto conocedor de sí mismo» (FR 1a)<sup>2</sup>.

¿Qué es eso de ser hombre? ¿Hacia dónde camina? ¿Por qué caminar y no mejor cesar el paso? ¿Hay un único camino? ¿Qué le dice el camino ya recorrido por la humanidad? ¿Dónde comienza el camino y dónde termina? ¿La meta del camino es la misma para todos? ¿Por qué un camino tan desigual en los pueblos y en las culturas? ¿Son muchos los caminos, pero que confluyen en un único camino? ¿Quién está seguro de conocer siempre el camino? ¿Cómo seguir cuando el camino se oculta tras la niebla o desaparece a nuestros ojos engullido por el abismo? ¿Tiene un Nombre el camino o es simplemente una metáfora para explicar la realidad de la existencia humana? ¿Soy yo el que camino o más bien «soy caminado» por los demás?

Muchas son las preguntas que alzan su vuelo al pensar en el camino del hombre. No todas ellas encontrarán respuesta en estas pocas páginas. Espero responder al menos a algunas. Otras tal vez encuentren en estas páginas un despunte de desarrollo en el pensamiento del lector.

### **Homo viator veritatis**

El hombre camina hacia la verdad<sup>3</sup>. La verdad no es una opción del hombre, sino la esencia de su búsqueda. Detrás de todo interrogante humano, de toda cuestión vital y existencial se esconde un pescador de verdades, penúltimas tal vez, pero en las que el hombre siempre está enganchado a la indagación de la verdad última, en la que halla su anclaje definitivo. Hasta las preguntas más insignificantes y banales, más elementales y perentorias, remiten a la verdad, que el hombre busca, solicita, recibe, encuentra, disfruta. Por su parte, toda pequeña verdad, toda verdad parcial, es rampa de lanzamiento hacia la ultimidad de la verdad, allí donde la verdad se instala en la cátedra de lo definitivo, absoluto, supremo<sup>4</sup>. Entonces, “el deseo de verdad que pertenece a la naturaleza misma del hombre” (FR 3a) recibe merecido apagamiento.

---

<sup>2</sup> Es interesante notar que el libro del Génesis, recurriendo a un antropomorfismo, hable de Dios como de un caminante: «Oyeron luego el ruido de los pasos de Yahvé Dios que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa...» (Gén 3,8).

<sup>3</sup> “Se puede definir al hombre como aquel que busca la verdad” (FR 28).

<sup>4</sup> “Toda verdad alcanzada es sólo una etapa hacia aquella verdad total que se manifestará en la revelación última de Dios” (FR 2).

La verdad que el hombre busca ha de nutrir toda su persona. Si satisface sólo la razón humana, aunque sea la verdad última, no es todavía una verdad humanizada. La racionalidad de la verdad ha de pasar por el corazón, por la sensibilidad, por la voluntad y por la acción para que, de ser una racionalidad pura, abstracta, científica, logre ser una racionalidad plenamente humana. Existe evidentemente una lógica de la razón que ha de ser respetada y fielmente aplicada<sup>5</sup>. Existe además una razón de la lógica, y es llegar al sentido y significado de la existencia<sup>6</sup>. El sentido de la existencia es iluminado por la razón, pero va más allá de ella, abraza al ser entero con todas las dimensiones de su persona y personalidad. Por ello, el hombre ha expresado su deseo íntimo de verdad, no sólo mediante sistemas filosóficos, sino de otros modos en que la razón humana se esposa con la sensibilidad, y en no pocas ocasiones con la fe, para expresar la verdad pluridimensional del ser humano. “La literatura, la música, la pintura, la escultura, la arquitectura y cualquier otro fruto de su inteligencia creadora se convierten en cauces a través de los cuales puede manifestar su afán de búsqueda” (FR 24c), y consiguientemente de encuentro y de gozo. Es necesario anotar que se trata de la verdad de sentido, y no de la verdad de sentidos. La primera es integradora, e incluye la sensibilidad, la segunda es reductora, y se limita a la verdad sensible como si ésta fuera toda la verdad.

En este contexto de una verdad pluridimensional encaja la reflexión de Juan Pablo II sobre las diversas formas de verdad en el hombre (FR 28-35)<sup>7</sup>, porque “el hombre tiene muchos medios para progresar en el conocimiento de la verdad y hacer cada vez más humana la propia existencia” (FR 3a). La primera es la verdad experiencial y de la investigación científica, que se apoya sobre evidencias

---

<sup>5</sup> “Es posible reconocer, a pesar del cambio de los tiempos y de los progresos del saber, un núcleo de conocimientos filosóficos cuya presencia es constante en la historia del pensamiento... Existe un conjunto de conocimientos en los cuales es posible reconocer una especie de patrimonio espiritual de la humanidad” (FR 4c).

<sup>6</sup> “No menos importante que la investigación en el ámbito teórico es la que se lleva a cabo en el ámbito práctico: quiero aludir a la búsqueda de la verdad en relación con el bien que hay que realizar. En efecto, con el propio obrar ético la persona, actuando según su libre y recto querer, toma el camino de la felicidad y tiende a la perfección” (FR 25b).

<sup>7</sup> En la catalogación de las verdades de la encíclica hay cierta semejanza con la llevada a cabo por Spinoza (*Ética*, Prop. XL, Scholion II) o por Maurice Blondel (*L'Action*, Paris 1893, p. 492), como ha puesto de relieve Peter Henrici (cf *La Verità e le verità*, en: *Per una lettura dell'Enciclica Fides et Ratio*, LEV 1999,78-80). Aunque Blondel no es citado en la encíclica, está sin embargo muy presente en ella, como ha evidenciado Gianfranco Coffele, *Fides et ratio e la filosofia della religione contemporanea. L'esempio di Maurice Blondel (1861-1949)*, en: *Fede e Ragione. Opposizione, composizione?*, LAS-Roma, 1999, 227-235.

inmediatas o confirmadas experimentalmente (cf FR 30a). Son la mayoría de las verdades que tejen el entramado de nuestra vida diaria familiar, profesional, social. Sin estas verdades de experiencia sería imposible llevar una existencia humanamente vivible. Junto a estas verdades están las de carácter filosófico, a las que el hombre llega mediante la capacidad especulativa de su intelecto (ibidem). En efecto, la filosofía, no tanto como sistema cuanto como pensar filosófico<sup>8</sup>, “nació y se desarrolló desde el momento en que el hombre empezó a interrogarse sobre el porqué de las cosas y su finalidad” (FR 3a) “Finalmente están las verdades religiosas que, en cierta medida, hunden sus raíces también en la filosofía. Éstas están contenidas en las respuestas que las diversas religiones ofrecen en sus tradiciones a las cuestiones últimas” (FR 30a). Todas estas verdades son abarcadas, y como incluidas, por la verdad revelada por Jesucristo, de la cual es depositaria la Iglesia. En efecto, entre los diversos servicios que la Iglesia ha ofrecido, ofrece y ha de ofrecer a la humanidad, “hay uno del cual es responsable de un modo muy particular: la diaconía de la verdad” (FR 2a). A la luz de estas enseñanzas, quisiera reflexionar sobre los caminos del conocimiento y de la verdad desde la experiencia empírica en ascensión permanente hasta llegar a la cumbre de la verdad revelada, que es Jesucristo.

Antes de emprender tal reflexión, parece oportuno anotar el clima cultural y filosófico actual que niega a la razón humana la capacidad de conocer la verdad<sup>9</sup> y reduce la racionalidad a ser simplemente instrumental, utilitarista, funcional, calculadora o sociológica. De esta manera, la racionalidad científica, opuesta a la racionalidad metafísica, arroja fuera del ámbito racional todo lo que no cae bajo el control de la razón científica, con lo que se abre el camino a una nueva forma de fideísmo, al ser expropiada la fe de toda racionalidad e inteligibilidad, y al ser destinada a huir al ámbito del simbolismo o del sentimiento. Por otra parte, la renuncia de la razón a reivindicar como derecho propio el conocimiento de la verdad, significa ceder a una cierta

---

<sup>8</sup> La encíclica distingue acertadamente entre sistema filosófico y pensar filosófico. El sistema filosófico constituye una elaboración coherente y orgánica de ideas que pretende ofrecer una visión completa de la realidad. Los grandes sistemas filosóficos son más bien pocos y han sido creados por eminentes lumbreras humanas, por ejemplo, el platonismo o el aristotelismo. El pensar filosófico es propio de todo ser humano por el mero hecho de serlo. “Cada hombre es, en cierto modo, filósofo y posee concepciones filosóficas propias con las cuales orienta su vida” (FR 30b).

<sup>9</sup> Utilizo para esta reflexión la intervención del Cardenal Joseph Ratzinger al presentar la encíclica, recogida en *Per una lettura dell'Enciclica Fides et Ratio*, Città del Vaticano 1999, 9-15.

cultura filosófica hodierna, que excluye la metafísica a causa de la absolutización del paradigma dominante de la razón científica o histórica. Se ha de anotar también el consenso posible como principio y fin de la reflexión cultural. “No el asentimiento o la búsqueda de la verdad, sino el consenso público que se puede con realismo conseguir y que respeta la libertad de todos y de cada uno, constituye el objeto de la reflexión y de la tarea cultural y social”<sup>10</sup>.

La encíclica reacciona contra este clima cultural, y repropone con fuerza y convicción sea la capacidad de la razón de conocer a Dios y de alcanzar, conforme a la naturaleza limitada del hombre, las verdades fundamentales de la existencia, sea la afirmación de que tal capacidad metafísica de la razón es un dato necesario de la fe. Porque una concepción de fe que pretendiese desarrollarse en modo extraño o alternativo a la razón, sería deficiente incluso como fe.

### **Via veritatis sensibilis**

El camino de la verdad que el hombre busca empieza por la experiencia sensible. Es el conocimiento propio de todo ser *sensiente*. Para que tal conocimiento sea humano, y pueda llegar a convertirse en verdad, ha de pasar por la razón. El animal conoce, pero ni llega ni puede llegar a la verdad porque carece de interioridad espiritual. El hombre ve un árbol, lo hace objeto de su pensamiento, emite juicios sobre él. No sólo experimenta la naturaleza, también la piensa. Cuando una gaviota ve despegar un avión, conoce esa presencia poderosa que infunde terror por su titánica grandeza, pero su conocimiento no pasa de ser una pura sensación. El despegue de un avión, visto por un hombre, es objeto de conocimiento sensible, pero a la vez lo sobrepasa mediante su actividad racional. Conoce de qué compañía es, qué tipo de avión, de qué material está hecho, qué es lo que le permite volar, etc. El hombre no sólo tiene experiencia de los productos de la técnica humana, sino que además puede razonar sobre ellos y ponerlos a su servicio. En el hombre, por consiguiente, el conocimiento sensible nunca está aislado en sí, sino en coyunda con la razón, y por tal motivo puede derivar en verdad sensible-racional, es decir, verdad de experiencia humana.

Esta verdad de experiencia constituye un camino, el primer camino del hombre en su exploración del mundo y en su búsqueda de sentido. Satisface por así decir la dimensión *corpórea* de la verdad, con la que topa el hombre desde el amanecer hasta el atardecer de cada día.

---

<sup>10</sup> JOSEPH RATZINGER, *Presentazione del Documento Pontificio*, p. 14.

Las realidades naturales, los objetos del arte y de la técnica, las personas se le presentan en forma y volumen con toda la fuerza de su corporeidad sensible. Las mismas acciones humanas, que evidentemente requieren del uso de la inteligencia, no dejan de tener una apariencia enteramente tangible, y carecen, en su aspecto fenoménico, de fulgor intelectual. Incluso la verdad religiosa no deja de tener innumerables expresiones sensibles, que dan lugar a ritos, celebraciones festivas, procesiones, gestos y vestiduras culturales, y que forman un sedimento perenne en el mismo subconsciente religioso de todo ser humano. Estas verdades de experiencia, sostenidas por la razón, alimentan día tras día la existencia humana y constituyen el entramado que otorga en gran parte consistencia al quehacer humano. Son verdades insuficientes que remandan más allá de sí mismas, pero sin ellas la vida humana en su cotidianidad sería imposible. El pensar de experiencia acomuna a todos los hombres y conduce a formulaciones de verdades de experiencia, que se transmiten de padres a hijos y de generación en generación. Ellas constituyen el patrimonio humano de sabiduría popular, presente en todos los pueblos y culturas.

En el conocimiento sensible del hombre la racionalidad está presente, aunque a veces se oculta hasta el punto de no ser percibida. A veces sucede que el mundo sensible se impone con tanto vigor que lo instintivo supera lo racional, la mente humana queda cegada por el instinto, y la verdad del hombre sufre una desfiguración y un descenso de nivel en el orden del ser. No lejos de este modo de pensar se sitúa el ecologismo radical profundo que propone dar el paso desde el *homo sapiens* al *homo naturalis*, queriendo invertir, según el evolucionismo biológico, un proceso de miles y miles de años de orden contrario: desde el *homo naturalis* al *homo sapiens*. En el mismo ámbito habrá de colocarse el movimiento animalista radical que, por un lado, está a favor del aborto y de la eutanasia, y por otra, considera casi un crimen el matar a los animales que están al servicio del hombre. Otras veces es tan profundo el influjo de lo sensible que el pensar del hombre es reducido exclusivamente al mundo de lo aparente, sin posibilidad de trascender la realidad empírica. Es una racionalidad *sensibilizada* y, en cuanto tal, incapaz de elevación metafísica. A esta forma de racionalidad se refiere posiblemente la encíclica cuando habla del «carácter parcial de propuestas que elevan lo efímero al rango de valor, creando ilusiones sobre la posibilidad de alcanzar el verdadero sentido de la existencia. Sucede de ese modo que muchos llevan una vida casi hasta el límite de la ruina, sin saber bien lo que les espera» (FR 6c).

### **Via veritatis rationalis**

Las verdades filosóficas son la respuesta a la búsqueda que la mente humana instaura, mediante su fuerza especulativa, con los grandes temas de su propio ser, del ser del mundo y del ser absoluto, capaz de romper la cadena implacable del relativismo histórico y dar un orden al caos del mundo y de la existencia particular. Preguntas sobre su propio ser como quién soy, de dónde vengo y a dónde voy, cuál es mi destino, por qué existe el mal, qué es eso del morir y qué me espera después de la muerte, la relación de los hombres entre sí... Preguntas sobre el mundo, tales como su origen, su estructura, la relación del hombre con él, su finalidad... Preguntas sobre un Absoluto: su misma posibilidad o necesidad de existencia, la relación de Él con el mundo y con el hombre, la relación del mundo y del hombre con Él... Podemos decir que todas estas preguntas tienen su razón de ser en la necesidad de encontrar un sentido en la vida. En efecto, de la respuesta que se dé a ellas depende la orientación que ultimadamente se dará a la misma existencia (cf FR 1b).

El hombre es filósofo por naturaleza, pues lleva ínsita en sí la capacidad interrogativa, fuente de toda filosofía. El hombre se pregunta por el qué (ontología), el porqué (causalidad) y el para qué (finalidad) de las cosas<sup>11</sup>. Preguntas que han acompañado la misma historia del hombre desde sus orígenes, y que le acompañarán hasta sus ultimidades, porque son preguntas que se hace el hombre en cuanto hombre, no en cuanto este hombre concreto, histórico y temporal. Son preguntas universales, que sobrepasan al individuo, pero que a la vez en él se concretan y determinan de modo existencial. Siendo el hombre un buscador nato, va con su naturaleza el hacerse preguntas. Siendo el hombre inteligente y responsable, no le bastan las preguntas, reclama respuestas. «La capacidad misma de buscar la verdad y de plantear preguntas implica ya una primera respuesta. El hombre no comenzaría a buscar lo que desconociese del todo o considerase absolutamente inalcanzable» (FR 29a). La filosofía es una respuesta del hombre a las cuestiones fundamentales que le acucian durante su terreno existir. La respuesta constituye un núcleo de conocimientos filosóficos cuya presencia es constante en la historia del pensamiento, y que podemos de-

---

<sup>11</sup> «Los conocimientos fundamentales derivan del asombro suscitado en él por la contemplación de la creación: el ser humano se sorprende al descubrirse inmerso en el mundo, en relación con sus semejantes con los cuales comparte el destino. De aquí arranca el camino que lo llevará al descubrimiento de horizontes de conocimientos siempre nuevos. Sin el asombro, el hombre caería en la repetitividad y, poco a poco, sería incapaz de vivir una existencia verdaderamente personal» (FR 4a).

nominar «patrimonio espiritual de la humanidad» (FR 4c). Entre estos conocimientos hay que colocar los principios de no contradicción, de finalidad, de causalidad, la concepción de la persona como sujeto libre e inteligente, su capacidad de conocer a Dios, la verdad y el bien, o normas morales fundamentales comúnmente aceptadas (cf FR 4b).

El pensar filosófico del hombre conduce, por la misma naturaleza del pensar, a dar un orden, una organicidad, una coherencia interna a las respuestas que, en su búsqueda sobre cuestiones fundamentales, ha encontrado. Surgen así en la humanidad los primeros intentos de sistematizar el pensamiento filosófico en el ámbito de diversas culturas. La historia de la filosofía, tanto de Oriente como principalmente de Occidente, nos muestran los sistemas filosóficos que a lo largo de la historia han surgido en la humanidad. En líneas generales podemos sostener que todo sistema filosófico o es idealista (analiza al sujeto cognoscente y desde él toda la realidad), o es realista (fija su atención en la realidad y desde ella analiza todos los demás elementos del conocer humano) o, finalmente, es un sistema que pretende una combinación, más o menos armónica, del idealismo y realismo. Todo sistema filosófico intenta responder de modo coherente y completo a los interrogantes fundamentales del ser humano. Pero no toda respuesta sistemática, por el mismo hecho de serlo, es una respuesta verdadera. Juan Pablo II se detiene en algunas corrientes de pensamiento, que están hoy muy difundidas en el ambiente cultural, para poner de relieve sus errores y los consiguientes riesgos para la actividad filosófica (cf FR 86a). El Papa, señala, sin intención de indicar todas, las siguientes: el eclecticismo, el historicismo, el cientificismo, el pragmatismo, el nihilismo (cf FR 86-91); el agnosticismo y relativismo (FR 5c). Para que un sistema filosófico llegue a ser un sistema verdadero, se requiere que el pensador en el ejercicio de su razón proceda según una recta razón (recta ratio). «Cuando la razón logra intuir y formular los principios primeros y universales del ser y sacar correctamente de ellos conclusiones coherentes de orden lógico y deontológico, entonces puede considerarse una razón recta» (FR 4c). Y la razón recta garantiza el alcance de la verdad por parte del hombre pensante, porque lleva a la adecuación entre la mente humana y la realidad objetiva. De ahí se deduce la necesidad de que «la razón del creyente tenga un conocimiento natural, verdadero y coherente de las cosas creadas, del mundo y del hombre... más todavía, debe ser capaz de articular dicho conocimiento de forma conceptual y argumentativa» (FR 66c).

Es evidente, por otra parte, que los occidentales hemos de superar la tentación «de identificar una sola corriente de pensamiento con



todo el pensamiento filosófico» (FR 4b), más aún la tentación de considerar las culturas orientales en una perspectiva más religiosa que filosófica. Hay que anotar con Juan Pablo II que «cada pueblo posee una sabiduría originaria y autóctona que, como auténtica riqueza de las culturas, tiende a expresarse y a madurar incluso en formas puramente filosóficas» (FR 3b). Es necesario estar alerta sobre la soberbia filosófica, que acecha de alguna manera a todo filósofo y a todo sistema de pensamiento. En lenguaje metafórico, es posible decir que la verdad tiene un rostro humilde, porque se concibe más como don que como conquista, más como ofrecimiento que como descubrimiento. El hombre recibe de las tradiciones familiares, culturales y sociales, muchas verdades en las que casi instintivamente cree. Esas verdades pasarán, al momento de la maduración personal, por el cedazo de la actividad crítica del pensamiento. «Esto no quita que, tras este paso, las mismas verdades sean ‘recuperadas’ sobre la base de la experiencia que se ha tenido o en virtud de un razonamiento sucesivo. A pesar de ello, en la vida de un hombre, las verdades simplemente creídas son mucho más numerosas que las adquiridas mediante la constatación personal» (FR 31a). Esas creencias pueden ser simplemente humanas, fruto de la experiencia de los siglos o de pensadores extraordinarios que las han formulado y sistematizado, y pueden ser sobre todo creencias religiosas, que atañen por tanto a una dimensión del hombre diversa de la racionalidad. De esta manera entramos en un camino nuevo, el de la verdad religiosa.

### **Via veritatis religiosae**

Si el hombre es naturalmente religioso, no hay pueblo o raza que no tenga una religión, ni cultura que no haya encarnado de modo peculiar las verdades religiosas de un determinado pueblo. Estas verdades están contenidas en las respuestas que las diversas religiones ofrecen en sus tradiciones a las cuestiones últimas. Toda religión, en efecto, «se esfuerza por responder de varios modos a la inquietud del corazón del hombre proponiendo caminos, es decir, doctrinas y normas de vida y ritos sagrados»<sup>12</sup>. Las hipótesis, en el campo filosófico o en otros órdenes de la vida, pueden ser fascinantes, pero dejan al hombre insatisfecho. La razón reside en que el hombre no se contenta con explicaciones penúltimas. Busca algo definitivo más allá de lo cual no haya ni pueda haber interrogantes o instancias posteriores. Busca, en

---

<sup>12</sup> Declaración del Concilio Vaticano II, *Nostra Aetate*, sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas, n. 2a (en adelante NAe).

otras palabras, una verdad definitiva<sup>13</sup> que le libere del chantaje de la duda. Si las verdades religiosas pretenden responder a problemas básicos y vitales de todo ser humano, incluso si son verdades imperfectas o están mezcladas con el error, gozan de un núcleo fundamental verdadero que proyecta al hombre hacia los grandes misterios de la existencia. Estas verdades religiosas se reciben por tradición. En este sentido, «el hombre, ser que busca la verdad, es también aquel que vive de creencias» (FR 31).

El hombre en su existencia cotidiana no sólo vive de verdades asimiladas por vía racional, sino también de verdades creídas, recibidas de generación en generación dentro del propio ambiente cultural y religioso. Algunas de las verdades creídas son también racionales, pero otras sobrepasan el ámbito puramente racional, por pertenecer al ámbito religioso. Las verdades creídas, o creencias propias de las religiones, son el «conjunto de experiencias y de pensamientos, que constituyen los tesoros humanos de sabiduría y de religiosidad, que el hombre, buscando la verdad, ha ideado y ha puesto en acción al referirse a la divinidad y al Absoluto»<sup>14</sup>. En este camino de las religiones, la experiencia religiosa de los hombres que a ellas se adhieren, está todavía a la búsqueda de la verdad absoluta y privada del asentimiento a Dios revelador (cf DI 7d). La verdad religiosa de las grandes religiones es verdad<sup>15</sup>, pero sin que haya todavía alcanzado aquella plenitud y absolutez propias de la fe revelada en Jesucristo, culmen de la revelación y de la verdad definitiva y última. Hemos de reconocer con el Vaticano II que «los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas, aunque discrepen mucho de los que ella (la Iglesia) mantiene y propone, no pocas veces reflejan, sin embargo, un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres» (NAe 2b).

Por tanto, en el camino de la verdad religiosa hay que ponderar tres factores inseparables, que la diferencian de cualquier otra verdad. Primeramente, la experiencia espiritual que el hombre vive tanto individual como, sobre todo, comunitariamente, y que se expresa en oraciones, ritos, gestos y celebraciones culturales. En esto se descubre una verdad universal: el hecho religioso es una realidad social, y el si-

---

<sup>13</sup> Dice la encíclica: «De por sí, toda verdad incluso parcial, si es realmente verdad, se presenta como universal. Lo que es verdad, debe ser verdad para todos y siempre» (FR 27a).

<sup>14</sup> *Dominus Iesus*, 7c (de ahora en adelante DI).

<sup>15</sup> Pensemos, por ejemplo, en la existencia de un Ser absoluto y supremo, en un Ser creador del mundo y del hombre, en la vida del más allá, en el premio y castigo según las obras, en el don de la vida, en su inviolabilidad, en la igualdad de todos los seres humanos, etc. etc. Estas grandes verdades pueden encontrar expresiones existenciales equivocadas, pero no es la verdad en sí sino su expresión la que está contaminada por el error.

tuar la religión en la esfera privada, como muchos piensan hoy en día, no respeta la naturaleza del ser humano. En segundo lugar, el pensamiento de grandes genios religiosos que construye principios, convicciones y enseñanzas sobre Dios, el mundo y el hombre. El pensamiento humano, por más que sea el de hombres extraordinarios, es falible y puede estar sometido a error. No son escasas las ocasiones en que se mezcla en el pensamiento religioso la verdad con el error, dando como resultado una verdad parcial e incompleta, y que, por el dinamismo intrínseco a la misma verdad, tiende poderosamente hacia la verdad total y última, que es Jesucristo, el soberano de toda verdad. En tercer y último lugar, en la verdad religiosa hay una presencia, por más que pálida y muy tenue del Espíritu Santo. «El Espíritu se halla en el origen de los nobles ideales y de las iniciativas de bien de la humanidad en camino; con admirable providencia guía el curso de los tiempos y renueva la faz de la tierra. Cristo resucitado obra ya por la virtud de su Espíritu en el corazón del hombre, no sólo despertando el anhelo del siglo futuro, sino también, por eso mismo, alentando, purificando y corroborando los generosos propósitos con que la familia humana intenta hacer más llevadera su vida y someter la tierra a este fin. Es también el Espíritu quien esparce las semillas de la Palabra, presentes en los ritos y culturas, y los prepara para su madurez en Cristo»<sup>16</sup>. «Cuanto obra el Espíritu en el corazón de los hombres y en la historia de los pueblos, en las culturas y religiones, asume un papel de preparación evangélica y no puede no hacer referencia a Cristo, Verbo hecho carne por la acción del Espíritu» (DI 12e).

### **Via veritatis revelatae**

Como en la vida humana se contiene toda otra vida mundana (vegetativa y sensitiva) y a ella se ordena, de igual modo en la verdad revelada se contiene cualquier otra verdad y a ella está ordenada. La verdad de la experiencia, de la filosofía y de la religión recibe perfección y coronamiento en la verdad de la revelación, porque «la gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona». La verdad revelada es una verdad religiosa, en la que el hombre que busca a Dios es alcanzado por Dios que busca al hombre, le comunica la verdad de sí mismo y de sus designios, le llama a la intimidad del amor y al gozo de la felicidad. La verdad revelada, por otra parte, es una verdad que el hombre puede alcanzar por el hecho de que la razón humana es «capax Dei». «Mediante la razón natural, el hombre puede conocer a

---

<sup>16</sup> JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*, 28c.

Dios con certeza a partir de sus obras. Pero existe otro orden de conocimiento que el hombre no puede de ningún modo alcanzar por sus propias fuerzas, el de la Revelación divina. Por una decisión enteramente libre, Dios se revela y se da al hombre»<sup>17</sup>. Por último, la verdad de la experiencia contribuye a hacer de la verdad revelada no sólo una verdad en sí, sino también una verdad para mí, a fin de que la experiencia humana colabore a su manera en la mayor comprensión de la verdad revelada<sup>18</sup>. De esta forma, el conocimiento que el hombre tiene de él (Dios) culmina cualquier otro conocimiento verdadero sobre el sentido de la propia existencia que el hombre con todas sus facultades es capaz de alcanzar (cf FR 7). De aquí se deduce que la verdad que proviene de la experiencia, de la razón o de la religión, no es superflua, sino que es una vía dispuesta por Dios para que el hombre pueda llegar, según sus eternos designios, a la verdad revelada<sup>19</sup>.

La verdad revelada, siendo una verdad de fe, no se confunde con la verdad natural, a la que el hombre tiene acceso con sus propias fuerzas naturales. La verdad revelada goza de propias características que quisiera brevemente exponer, siguiendo la constitución dogmática *Dei Filius* sobre la fe católica<sup>20</sup>. El objeto primario e inmediato de la verdad revelada es Dios mismo en su propio ser e intimidad y en su designio de salvación para el hombre. Objeto de la verdad revelada son también algunas cosas que la razón humana puede alcanzar, pero que el Señor ha querido incluir en su revelación para hacer más fácilmente accesible el conocimiento de las mismas. Por otra parte, el principio que nos permite conocer la verdad revelada es la fe divina, que es la respuesta del hombre al Dios que se nos revela, con la absoluta certeza de que Dios ni engaña ni quiere engañar. El testimonio infalible de Dios, acompañado por la ayuda sobrenatural de la gracia, ofrece un fundamento sólido al cristiano creyente. Finalmente, la finalidad de la verdad revelada es muy peculiar, puesto que tiene que ver,

---

<sup>17</sup> Catecismo de la Iglesia Católica 50 (de ahora en adelante CIC).

<sup>18</sup> De hecho, «en el origen de nuestro ser como creyentes hay un encuentro, único en su género, en que se manifiesta un misterio, oculto en los siglos, pero ahora revelado» (FR 7).

<sup>19</sup> Como en un espejo roto, dice santo Tomás, se reflejan muchas imágenes, y sin embargo es siempre el mismo rostro el que se refleja, así en las muchas verdades humanas se refleja siempre la única Verdad divina. Si el hombre, más allá de sus muchas verdades, está siempre a la búsqueda de la verdad última y fundante, él, lo sepa o no, está buscando la Verdad divina.

<sup>20</sup> La Iglesia, sobre todo en los siglos XIX y XX, se vio obligada por las diversas corrientes filosóficas y por varios ambientes culturales, tanto a defender el carácter sobrenatural de la verdad revelada, como la capacidad natural de la razón natural de llegar al conocimiento de Dios. La Iglesia católica plasmó su posición en la constitución dogmática *Dei Filius* del concilio Vaticano I (DS 3008).

no con cualquier verdad, sino con la verdad de la salvación que Dios ha querido revelar en la historia y de modo definitivo por medio de su Hijo Jesucristo (cf FR 9). Por todo esto, no dudo en afirmar con Mons. Fisichella que «el corazón de esta encíclica es la revelación. Es a la revelación que miran la fe y la razón, aunque sea con connotaciones diferentes y con finalidades diversas. La revelación es el centro focal al que se ha de hacer referencia y sin el cual todo el contenido de la fe queda como suspendido en el vacío»<sup>21</sup>.

La verdad revelada por Dios se inserta en el tiempo y en la historia. Dios osa entrar en la historia de los hombres, y actúa en ella a favor de la humanidad. Entra primeramente por mediación de grandes hombres como Abrahán, Moisés, David, Isaías, Jeremías, etc. A través de ellos va revelando paulatinamente la Verdad. Al llegar la plenitud de los tiempos (cf Gál 4, 4), Él personalmente, no sólo mediante su obra creadora o mediante las grandes figuras de Israel, se manifiesta a sí mismo y su plan de salvación, por la encarnación del Verbo, en el rostro de un hombre. Ese rostro, esa vida, esas palabras que han podido ver y escuchar tantos contemporáneos suyos, es la plenitud de la revelación y de la Verdad de Dios. La Verdad de Dios ha sido pronunciada de una vez para siempre en el misterio de Jesús de Nazaret. Por ese motivo, la Verdad de Dios que se revela en el rostro de Cristo puede esclarecer el misterio del hombre, y ofrecerle la verdad última sobre el sentido de su vida y el destino de la historia. Conociendo el hombre la Verdad de Dios, revelada en Cristo Jesús, está capacitado para conocer la verdad sobre sí mismo y sobre el mundo que le circunda. Conviene puntualizar, sin embargo, que la revelación de Dios, incluso en el rostro de Cristo, está llena de misterio, y, por tanto, que el conocimiento que nosotros tenemos de ese rostro se caracteriza por el aspecto fragmentario y por el límite de nuestro entendimiento (cf FR 13a).

No por eso deja de ser verdad que con Jesucristo, Camino, Verdad y Vida (cf Jn 14,6), hemos llegado a la plenitud de la Verdad revelada. En Jesucristo, la Verdad revelada llega a su máximo grado de subjetividad, pues la Verdad se halla, no tanto en el nivel de los conceptos, sino en el de las personas. Llega igualmente al más alto nivel de objetividad, porque los interrogantes más sustanciales del ser humano en él (en su persona, en su enseñanza, en su comportamiento) encuentran su respuesta definitiva. «¿Dónde podría el hombre buscar

---

<sup>21</sup> RINO FISICHELLA, *Rivelazione: Fede e ragione*, en: «Per una lettura dell'Enciclica...», p. 41.

la respuesta a cuestiones dramáticas, como lo son el dolor, el sufrimiento de los inocentes y la muerte, sino en la luz que brota del misterio de la pasión, muerte y resurrección de Cristo?», se pregunta el Papa (FR 12b). Además, porque Jesucristo es la encarnación de la Palabra del Padre, en quien el Padre nos ha dicho todo: toda su verdad sobre sí mismo, sobre el mundo y sobre el hombre. Dios, en efecto, es el origen fontal de toda forma de verdad, de toda capacidad humana de verdad. Se puede, por tanto, sostener con Juan Pablo II en la encíclica, que «la unidad de la verdad, natural y revelada, (de la razón y de la fe), tiene su identificación viva y personal en Cristo, como nos lo recuerda el Apóstol: ‘Fueron enseñados según la verdad que reside en Dios’ (Ef 4,21; cf Col 1,15-20)... Lo que la razón humana busca sin conocerlo puede ser encontrado sólo por medio de Cristo: lo que en él se revela, en efecto, es la plena verdad de todo ser que en él ha sido creado y después encuentra en él su plenitud (cf Col 1,17)» (FR 34).

Es el término misterio, que recurre frecuentemente en el capítulo I sobre la revelación de la sabiduría de Dios<sup>22</sup>, y que se aplica especialmente a Jesús de Nazaret, Mesías, Hijo de Dios y Señor de la historia, el terreno más propio en que la fe y la razón se encuentran, en el que se encuentra el equilibrio entre la subjetividad del conocimiento personal y la objetividad del conocimiento que se ofrece. El sujeto reconoce que el objeto de su conocimiento es siempre más gran de cuanto él pueda abrazar. Esa misma realidad del misterio, con todo, abre a la razón un espacio amplísimo e insospechado a la indagación de la verdad. Es hermoso, en este sentido, lo que dice la encíclica en el n. 15b: «La revelación cristiana es la verdadera estrella que orienta al hombre que avanza entre los condicionamientos de la mentalidad inmanentista y las estrecheces de una lógica tecnocrática; es la última posibilidad que Dios ofrece para encontrar, en plenitud, el proyecto originario de amor, iniciado con la creación. El hombre deseoso de conocer lo verdadero, si aún es capaz de mirar más allá de sí mismo y de levantar la mirada por encima de los propios proyectos, recibe la posibilidad de recuperar la relación auténtica con su vida, siguiendo el camino de la verdad». En definitiva, es el misterio de la revelación que abre a la mente humana la Verdad, que está más allá de sí misma,

---

<sup>22</sup> He aquí las expresiones en que aparece el término misterio en el capítulo primero de la encíclica: el misterio de su voluntad (FR 7), el misterio de Jesús de Nazaret (n. 11b), el misterio del Verbo encarnado, misterio de la pasión, muerte y resurrección (n. 12b), la revelación está llena de misterio (13a), la profundidad del misterio, esconde en el misterio realidades sublimes (13d), la revelación del misterio del Padre (13e), comprender el misterio de su existencia, el misterio de Dios que la mente humana no puede agotar (14a), acoger el ‘misterio’ de la propia vida (15a).

pero a la que ha tendido y continúa tendiendo sin descanso en la fatiga del diario pensar de los hombres para encontrar sentido a su vida, a la historia en que han sido insertos al nacer, a la historia que van construyendo, a la pregunta sobre el más allá de la historia. El más allá del misterio con que se enfrenta la razón humana, en busca de la verdad sobre la cual establecer un anclaje definitivo, remite al misterio del más allá, en el que el hombre encuentra la Verdad en su misma fuente, que es Dios, y sin los velos de las limitaciones a las que se ve sometido el hombre durante las vicisitudes de su existencia terrena.

### **Gaudium Veritatis**

Cuando la verdad se identifica con el bien, la posesión de la primera concluye en el gozo que causa en el ser humano la posesión de un bien deseado. Si la verdad es el bien de la inteligencia, allí donde el hombre llega a hacerse con una verdad, allí se da el gozo de la verdad. Entre más elevada, noble y sublime es la verdad alcanzada, el gozo es más pleno y sublime. Cuando se llega al conocimiento de la Verdad revelada, personalizada en Jesucristo, un conocimiento que pone en acción todas las potencias humanas, entonces el gozo por la posesión de la Verdad que es Jesucristo, aunque tal posesión sea muy imperfecta, llega a su máxima expresión en esta vida. San Agustín, uno de los máximos buscadores de la Verdad, lo ha dejado escrito en sus Confesiones con fórmulas inigualables: «¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y fugaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed, me tocaste y abraséme en tu paz»<sup>23</sup>.

Durante la existencia terrena, el hombre llega a gustar de modo inicial el gozo de la Verdad por medio de la fe, que es la respuesta más adecuada del hombre a la revelación de Dios. «La fe nos hace gustar de antemano el gozo y la luz de la visión beatífica, fin de nuestro caminar aquí abajo» (CIC 163). San Basilio, citado por el catecismo, añade: «Mientras que ahora contemplamos las bendiciones de la fe como el reflejo en un espejo, es como si poseyéramos ya las cosas

---

<sup>23</sup> *Confesiones*, X, 27.

maravillosas de que nuestra fe nos asegura que gozaremos un día»<sup>24</sup>. Este conocimiento de fe no anula el misterio de Dios, revelado en Cristo, sólo lo hace más evidente y lo muestra además como hecho esencial para la vida del hombre y para captar la grandeza de su vocación, que no es otra que participar en el misterio de la vida trinitaria de Dios (cf FR 13e). Participar en esta vida trinitaria es participar en Dios que es Verdad y Amor, en Dios que es eterna beatitud. «¡Oh Trinidad, luz bienaventurada y unidad esencial! Dios es eterna beatitud, vida inmortal, luz sin ocaso, Dios es amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Dios quiere comunicar libremente la gloria de su vida bienaventurada. Tal es el designio benevolente que concibió antes de la creación del mundo en su Hijo amado, predestinándonos a la adopción filial en él, es decir, a reproducir la imagen de su Hijo, gracias al Espíritu de adopción filial» (CIC 257).

«Esta verdad revelada es anticipación, en nuestra historia, de la visión última y definitiva de Dios que está reservada a los que creen en él o lo buscan con corazón sincero» (FR 15b). Con la visión de la Verdad en la eternidad de Dios el gozo de la Verdad llega a su pleno cumplimiento. «El cielo, en efecto, es el fin último y la realización de las aspiraciones más profundas del hombre, el estado supremo y definitivo de dicha... Los elegidos encuentran allí su verdadera identidad, su propio nombre» (CIC 1024-1025). En la eternidad Dios nos revela de una manera sobrenatural toda la abundancia de su vida y de su amor, y nos descubre toda la profundidad de su verdad y el misterio inescrutable de su realidad como principio, fin y contenido de nuestro propio ser, y, por tanto, como plenitud definitiva del sentido de nuestra vida, como nuestra felicidad suprema y bienaventuranza eterna. Siendo el hombre creado a imagen de Dios, en el ser humano que vive en la eternidad divina, verdad y bien se identifican, como en Dios. En el cielo, por tanto, el gozo de la verdad no sólo llega a su plenitud, sino que además se caracteriza por ser un gozo purísimo y eterno.

**Summary:** Starting with the concept of *homo viator*, the author reflects on the ascending way of man from the truth of experience, through rational and religious truth, to revealed truth. The way of man to truth culminates in *gaudium veritatis*, i.e. in the joy of truth. The article is particularly a reflection on the Introduction and first Chapter of the Encyclical *Fides et ratio* of John Paul II.

**Key words:** Fides et ratio, Truth, Revelation, homo viator

**Palabras clave:** Fides et ratio, verdad, revelación, homo viator.

---

<sup>24</sup> De Spiritu Sancto 15,36.